



EL ÁRBOL DE GUERNICA.

En el término de la villa de Guernica, á la parte del medio día, se eleva lozano un antiquísimo roble, descendiente de otros robles, que á través de los siglos ha venido siendo el modesto testigo y emblema de las libertades de Vizcaya. Al pie de aquel famoso árbol, y bajo su sombra sagrada, se halla un templo de piedra de romana arquitectura, destinado á la celebración, á puerta abierta, de las juntas generales de la diputación.

AÑO VII.

ción, compuesta de los siete padres de provincia. Contiguo á él hay otro edificio fundado por el primer corregidor del señorío, que consiste en una especie de ermita, de suficiente amplitud para contener los archivos y el numeroso concurso. Pendientes de sus paredes se ven los retratos de los señores de Vizcaya, desde el caudillo Juan de Zuria hasta el último que asistió á la incorporación á la corona de Castilla.

28 de agosto de 1842.

El árbol de Guernica es un monumento histórico, que escita el mayor interés; resiste á la intemperie y á la destruccion del tiempo con dos renuevos permanentes que le sostienen siempre vivo. Sagrado para aquel pueblo que supo resistir á las legiones romanas, y á las falanges de la media luna, fue respetado hasta en la última desastrosa lucha que terminó con el famoso abrazo de Vergara. *Só el árbol de Guernica* los señores de Vizcaya, que hoy son los reyes de España, juran guardar y conservar aquel código de leyes que promulgó al pie de su tronco hace cinco siglos el célebre Nuñez de Lara.

El fiel traslado de este hermoso trofeo copiado del original, es digno de escitar nuestro interés, y envuelve nobles recuerdos de gloriosas hazañas, y un emblema de la constancia, energía y respeto á la ley, que constituyen el carácter del pueblo vascongado.

Este carácter se halla maestramente delineado en unas bellísimas octavas del *Maestro Tirso de Molina* en su excelente comedia titulada *La Prudencia en la Mujer*. El autor las coloca dirigidas por D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, á los infantes D. Juan y D. Enrique, alzados contra la reina Doña María.

D. DIEGO. — «Infantes, de mi estado la aspereza conserva limpia la primera gloria que la dió en vez del rey, naturaleza, sin que sus rayas pase la victoria. Un nieto de Noé la dió nobleza, que su hidalguía no es de ejecutoria; ni mezcla con su sangre, lengua ó trage mosaica infamia que la suya ultrage.

Cuatro bárbaros tengo por vasallos á quien Roma jamás conquistar pudo, que sin armas, sin muros, sin caballos libres conservan su valor desnudo; montes de hierro habitan, que á estimallos valiente en obras y en palabras mudo os forzara, y guardalles el decoro, pues por su hierro España goza su oro.

Si su aspereza tosca no cultiva aranzadas á Baco, haces á Ceres, es porque Venus huya, que lasciva hipoteca en sus frutos sus placeres: la encina hercúlea, no la blanda oliva teje coronas para sus mujeres, que aunque diversas en el sexo y nombres, en guerra y paz se igualan á los hombres.

El árbol de Guernica ha conservado la antigüedad que ilustra á sus señores, sin que tiranos le hayan deshojado, ni haga sombra á rendidos ni á traidores. En su tronco, no en silla real, sentados, nobles, puesto que pobres electores, tan solo un señor juran, cuyas leyes libres conservan de tiranos reyes.»

EL ABORRECIMIENTO,

6

LA ISLA DESIERTA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

A pesar de esto no, dejó este suceso de producir en sus ánimos un efecto saludable disponiéndolos á la reconciliación. En tanto que Carlos podía decir «he prestado gran servicio á mi enemigo,» la distancia entre él y Anselmo parecía ser inmensa, y como que podía creer tener un derecho para prevalecerse de su pretendida generosidad; al presente se veía en la necesidad de convenir á su pesar, en que una igualdad de deberes existía entre los dos; y he aquí destruida la barrera que la vanidad había levantado entre ambos. Anselmo por otra parte experimentaba el doble placer, no solo de no deber nada á su enemigo, sino también el que produce una buena acción, cuyo objeto no puede sernos aborrecible, pues que el agradable recuerdo del bien que hemos hecho se confunde naturalmente con la idea de la persona que lo ha recibido.

Ya empezaban á dar acogida en su alma á reflexiones benéficas; y cada uno de ellos trataba de indagar los motivos de que pudo nacer el odio de su camarada: á decir verdad los dos no hallaban en su porte mas que bagatelitas; pero todas justificadas con otras tantas del otro; de este modo iba debilitándose el mútuo resentimiento, hasta llegar al extremo de echar de ver con sorpresa que la idea de una reconciliación se iba apoderando de su alma. Una falsa vergüenza era solo la que impedía los primeros pasos, y aunque ellos estaban penetrados de la falta que se hacían mutuamente, hubieran preferido morir en su soledad á tener la generosidad de confesarla.

Llegó á esta sazón el tiempo de las lluvias, y su influencia se hizo sentir fuertemente en la salud de Carlos; sorprendido un día por una violenta calentura volvía con sumo trabajo hácia su gruta; Anselmo que le había observado á lo lejos acechó durante dos días para ver si salía; atormentado fuertemente al ver llegar la mañana del tercero resolvió irse acercando poco á poco. — ¡Dios mío, exclamaba! Morirá abandonado, y entonces ¿cuál será mi desconsuelo! — Ya cerca de la entrada se detuvo para reflexionar... ¿Y si no estuviese malo, decía, si solo el mal tiempo le hubiera detenido en su gruta, ¿qué tono tomaré yo para ofrecerle gratuitamente mis servicios; pero sea lo que quiera quieró aunque se burle de mí, salir de la incertidumbre; y diciendo esto pasó como al descuido por delante de la gruta, echando sobre ella una mirada rápida.

Su juicio no había sido infundado; Carlos yacía sin movimiento sobre la yerba, sus ojos estaban empañados, sus labios abiertos, su aliento abrasador, lo cual visto por Anselmo se apresuró á informarse de su estado preguntándole qué sentía, y de qué tenía necesidad; pero Carlos no le oía. Entonces se apresuró á coger una nuez de coco fresca haciéndole beber su le-

che; en seguida llenó de agua la concha que Carlos tenía á su lado; echó lumbres con el eslabon que habia conservado en su naufragio; y haciendo una grande hoguera delante de la gruta con ramas de árboles, se retiró á un bosque cercano para observar los primeros efectos de sus servicios.

El genio del bien parecia haberle conducido en el momento en que Carlos probaba una de las crisis mas crueles; la leche de coco, y el fuego que templaba el aire de la gruta vinieron á ayudar á la naturaleza; al cabo de algunas horas el enfermo volvió á recobrar el conocimiento; abrió sus ojos espantados al ver el fuego cuyo calor le favorecia mucho. ¿Quién sino Anselmo podrá haberlo encendido? además de esto el agua fresca que tenia á su lado le aseguraba mas, porque bien se acordaba que su concha estaba vacía por no haber tenido fuerza para ir á llenarla al manantial cercano. La enfermedad debilitando sus nervios habia vencido su genio; y en medio de su enternecimiento, ¡Dios mio, exclamó con voz debilitada, yo moriré gustoso con tal que me dejes tiempo de perdonarle! cuyas palabras pronunciadas en alta voz hubieran sido bastantes para que Anselmo mas que nunca dispuesto á la indulgencia no hubiera corrido á abrazar á su enemigo en el lecho del dolor.

Carlos aliviado con la consoladora idea de que un ser humano cuidaba de él, cayó en un sueño profundo. Anselmo viendo extinguirse el fuego, se fue acercando; cuál fue su placer al mirar que Carlos habia bebido el agua pareciendo gozar de un dulce reposo! Volvió pues á llenar la concha; reanimó el fuego, y se puso en acecho sin hacer caso del viento ni de la lluvia; olvidándose de sí mismo no tuvo durante cuatro dias mas objeto que el de la salud de Carlos, y por último juntó un gran monton de ramas para que este pudiese por sí mismo alimentar el fuego.

El quinto dia tuvo, en fin, la satisfaccion de ver salir á su enfermo á beber agua al manantial, ya convaleciente aunque con suma debilidad. Anselmo que necesitaba reposar de las largas fatigas de su asistencia, volvió á su gruta, y durmió tranquilamente una buena parte del dia. Al despertarse advirtió en frente de su gruta un junco en forma de pabellon presentando en una hoja de palma la inscripcion siguiente: «*te estoy agradecido.*»

Esto era todo lo que Carlos habia podido alcanzar sobre su rencor. Incapaz de mirar cara á cara á su bienhechor, no tardó sin embargo en demostrarle sus deseos de manifestarle su agradecimiento de otro modo que por señas. Volviendo un dia Anselmo á su caberna, encontró delante de ella una caja mediada de vestidos y otros objetos útiles; Carlos la habia hallado en la playa, y arrastrándola con indecible pena á su morada, tuvo el cuidado de hacer la particion con su enemigo, despues de haber examinado uno á uno los objetos que contenia, todos preciosos para los habitantes de una isla desierta, infiriéndose de ellos haber pertenecido á un carpintero de navio.

Carlos, para dar á su enemigo una prueba cierta de su sensibilidad, transportó durante la noche cerca de la morada de Anselmo la mitad de su tesoro; pero el noble corazon de Anselmo agradeció mas la hoja de palma que esta caja, por figurársele que Carlos trataba de desquitarse de una deuda. Preocupado con esta idea marchó vivamente á devolverle su regalo, y encontrando á Carlos sentado cerca de un arroyo, puso en silencio la caja á sus pies, y alzando los ojos se encontró con los de su enemigo, que le miraban con menos espanto que hasta aquí.

Anselmo iba ya á retirarse con lentitud, y Carlos rompió en fin el silencio.—Tuya es, dijo con aspereza.—Nada de eso, respondió Anselmo.—Yo la he encontrado en la rivera.—Por consecuencia es tuya.—Tú me has favorecido, y yo te lo debo agradecer.—Ya me lo has agradecido.—Si tú la hubieras encontrado hubieras partido conmigo.—Sí; ¿pero hubieras tú aceptado de mí la mitad?—

Carlos enmudeció.—¿Respóndeme con franqueza:—En el último recurso ¿no he aceptado yo tus servicios?—Solo en el último recurso.—

Querrias tú en venganza cargarme con el peso de un beneficio que yo no debo reconocer?—Tú me has librado de la muerte, y así no me debes nada.—Tú te desquitaste de mi servicio aplastando la cabeza de una serpiente.—¿Nos toca á nosotros estando reunidos echar cuentas con tanta escrupulosidad?—¿Pluguiere al cielo, que siempre fuese de este modo! ¡O Carlos, ¿no parece que es la voluntad del cielo, reunirnos de una manera tan milagrosa?

Carlos suspiró, y Anselmo prosiguió con emoción.

—La última vez que yo te vi en nuestra patria fue con la pistola en la mano.—Y yo te he visto por primera vez en el Océano indiano tendido sobre una roca sin conocimiento.—Un nuevo periodo de vida ha comenzado para los dos.—Una nuez de coco es aquí mas preciosa que todos los conocimientos de que yo me vanagloriaba en otro tiempo, tal vez fuera de propósito.—Una punta de yerro, valdria mas que todas las chocarrerías con que yo he ridiculizado en otro tiempo á tantas personas.—

Los dos guardaron un momento de silencio.

—Las situaciones extraordinarias, ó mal entendidas, y las desconfianzas nada favorables, prosiguió Carlos con los ojos clavados en la tierra, no son capaces de separar á las personas nacidas para amarse.—El destino muda singularmente las situaciones.—Nosotros somos los únicos habitantes de esta isla, y estamos tal vez destinados á morir en ella.—En nuestra mano está el aliviar mutuamente nuestra suerte.—No hay duda que podemos hacerlo.—¿Y por qué no lo hacemos?—Porque es imposible que el culpado venga á confesar su falta al ofendido.—¿Y cual de los dos es el ofendido?—Soy yo.—Y yo.—Pues bien, los dos.—¿Y cual de los dos es el culpado? ¿No respondes?... Vamos, confesemos que tambien lo somos los dos.—Puede ser.—En mezclándose instigadores ninguna de las partes quiere ceder.—Se cree cifrar en ello un punto de honor, y de este modo la enemistad es interminable.—Pero nosotros habitamos hoy un estrecho de la tierra, donde no se ha introducido todavía ese punto de honor.—Seguramente que en estas rocas debia reinar la concordia.—Nuestros corazones debian unirse en ellas.—¿Que este arroyo sea para nosotros el Leteo!—

Anselmo coje precipitadamente una nuez de coco: la llena de agua, la levanta al cielo, y fija una mirada en su antiguo enemigo.—«Bebe», le dice Carlos, con los ojos bañados en lágrimas.—Las que se desprendian de los de Anselmo corrian por el vaso al tiempo que bebia la mitad del agua dejando la otra para Carlos; esté le tomó temblando, bebe hasta la última gota, arroja con prontitud la nuez, y antes que hubiese podido llegar al suelo, ya estaban el uno en los brazos del otro estrechándose fuertemente en medio de los mayores sollozos.

¡Cuan aliviados se encontraron despues de aquel instante sus corazones! ¡cuan contentos se hallaron, cifrando su felicidad en su reconciliacion! Porque el instante en que

dos hombres de bien ahogan sus resentimientos para estrecharse en los brazos, es capaz de transformar el mas triste desierto en un jardín delicioso. Desde aquel momento empezaron á vivir como hermanos habitando una misma gruta, y endulzando su situacion con la mas interesante amistad. Al principio trataron de evitar en sus conversaciones todo lo que pudiera renovarles la dolorosa idea de sus antiguas disensiones; pero esta precaucion no pudo durar mucho, y al fin y al cabo vinieron á convenir que no parecia creible que tales bagatelas hubieran sido causa de tal antipatía. A veces el recuerdo de ellas excitaba su risa, y voluntariamente se las confesaban disculpándose las recíprocamente. Cada día se descubrian nuevas cualidades, y su asombro crecia al acordarse de el odio que hasta tal punto les habia cegado.

Su situacion varió enteramente por la union de sus fuerzas y sus pensamientos; hallábanse persuadidos de que ningun navio vendría á desembarcar en la isla, pues ni aun la mas ligera chalupa podría esponderse á salvar los peligros de la costa erizada de escollos y de puntas; pero un antiguo viaje de Picard que encerraba la caja encontrada por Cárlos les hizo conocer que los diversos canales que separan las Maldivas tienen poco mas de veinte brazas de profundidad, y que estando baja la marea se puede pasar con facilidad por ciertos parages; aunque fuera de esta ocasion es muy peligrosa la travesía á causa de los tiburones y de las peñas de coral. A pesar de todo era preciso emprender la aventura, ó perecer de lo contrario en esta soledad; la isla mas próxima les parecia estar distante dos leguas á lo mas; y habiendo visto salir humo de ella, se persuadieron de que estaba habitada.

Formaron, pues, una especie de lanzas poniendo unos grandes cuchillos al final de un bambú, y con estas armas creyeron poder apartar los tiburones y las culebras que la corriente lleva á aquellos parajes desde la costa del Malabar; en seguida para no cargarse inútilmente se previnieron solamente con un paquetito de efectos indispensables; su vestido se componia de una camisa y un pantalon de lienzo; preparados de este modo esperaron el reflujo, y cuando creyeron ver la marea bastante baja, se determinaron á arrojar, haciendo antes una corta oracion; Anselmo en seguida blandió su lanza por encima de su cabeza y gritando, «adelante con el favor de Dios,» se precipitó en las aguas, y Cárlos le siguió á pocos momentos. — No bien habian andado algunas centenas de toesas, se encontraron con un fondo de arena donde el agua no les pasaba casi de las rodillas; este buen principio avivando sus ánimos les hizo doblar el paso; aumentándose sucesivamente la profundidad llegaron á un sitio sembrado de coral; á veces el agua les subia hasta el pecho; sus pies les sostenian con dificultad en este piso desigual; sus piernas se hallaban lastimadas, y su sangre se mezclaba con el agua del mar en medio de los mas fuertes dolores.

Cárlos, aun no bien restablecido de su enfermedad, fue el primero que sucumbió; y finalmente acabó por declarar que no podia continuar, y que desconfiaba igualmente poder ganar la ribera que habia dejado, por hallarse en medio del canal poco mas ó menos. Exortábale Anselmo á no abandonarse al desfallecimiento, y á fijar sus ojos en la isla á cuya orilla se divisaba ya una cabaña. — «Nada mas que una hora mala nos resta, decia á su desfallecido compañero, para hallarnos entre los hombres. «Cárlos haciendo el último esfuerzo siguió aun sin hablar un corto rato; de repente habiéndose metido una punta de coral en un pie no pudo mas, dando un

grito al ir á sumergirse; Anselmo corrió á detenerle. — «Déjame, continuó, yo no puedo mas, voy á morir, sálvate y sè dichoso.»

— Nada de eso; ánimo, dijo Anselmo, sea el cielo testigo del juramento que hago de no poner el pie en la isla sin tí. Animo, pues; mira ya disminuida la profundidad, y cuan cercano está el término.

— No puedo, replicó Cárlos; me hallo estropeado; déjame pues acabar mi tormento.

— Pues bien, yo tengo fuerzas aun, gritó Anselmo, ponte pronto sobre mi espalda, no sea que nos sorprenda el reflujo.

— ¿Cómo me has de llevar, decia Cárlos, si es imposible marchar ni aun solo?

— Como Dios quiera, replicó Anselmo; yo no quiero vivir sin tí: hagamos pues la prueba; pasa tus manos al rededor de mi cuello.

Cárlos despues de muchas instancias accedió por fin: el pobre Anselmo habia contado demasiado con sus fuerzas, y si el suelo no hubiese á poco rato empezado á ser arenoso hubiera perecido víctima de su amistad. Mas de una vez se vió obligado á dejar su carga para descansar un rato, aunque el flujo comenzaba ya á subir con la mayor rapidez, y se hacia preciso llegar á la ribera antes de media hora, pues de lo contrario eran perdidos. En fin despues de los esfuerzos mas inauditos logró llegar jadeando y enteramente desfallecido; allí permaneció tendido sobre la arena, en tanto que Cárlos se dirigió poco á poco á la cabaña que habian visto á lo lejos para pedir socorro.

Hallábase ocupada de una familia de naturales que venian á ella de tiempo en tiempo á fin de hacer provision de nueces de coco. Cárlos encontró en ella la mas amable hospitalidad. Se le ofreció toda suerte de refrigerios; y cuando por señas hubo indicado que un desgraciado reclamaba su socorro en la ribera del mar, el padre de la familia se puso en camino para ella, llevando de prevencion una calabaza llena de aguardiente de azucar. Anselmo, que hacia tanto tiempo no habia probado ningun licor espirituoso, se sintió reanimar sus fuerzas, y ya confortado, se levantó, y siguió al bondadoso insular hasta la cabaña donde todos se apresuraron á curar sus heridas.

Cárlos y Anselmo permanecieron muchas semanas con aquella buena gente, y trataron de hacerse útiles en la recoleccion de cocos y preparacion del aceite, aprendiendo de este modo con facilidad el idioma del pais. Acabada la recoleccion, acompañaron á la familia á otra isla mas grande donde hallaron una acogida no menos favorable; y desde allí se trasladaron á Male, residencia del sultan, en la cual solian anclar algunos navios europeos.

Hallábase á la sazón en el puerto un navio americano, cuyo capitan era conocido del tio de Cárlos. Entre las muchas noticias que le suministró la mas importante para Cárlos fue sin duda la de haber sido detenido en Nueva-York como sospechoso el navio de que se habian apoderado los sublevados, los cuales confesos y convictos de su delito, habian recibido el merecido castigo; les dijo igualmente que un antiguo corresponsal de su tio habia velado en la conservacion del navio y cargamento, y escrito á las autoridades de su pueblo para invitar á los herederos presuntivos, ya que el sobrino declarado por heredero universal en los papeles del difunto se le reputaba por muerto.

El americano se convino á transportar en su embarcacion á su hermano menor que se habia presentado para recibir la herencia, el cual renunció voluntariamente en el momento que tuvo el gusto de abrazar á su her-

mano. Vendida que fue la cargazon, se halló Carlos poseedor de 120 mil duros, cuya mitad ofreció á Anselmo, que rehusó aceptarla, no queriendo privar de ella al hermano de Carlos.—Tú has sido para mí mas que hermano, y antes que oír tus excusas yo preferiría ver arder delante de mi gruta el fuego que tu encendiste cuando eras mi enemigo; además de que para mi hermano y para mí tenemos sobrada fortuna.

No acabó aquí este rasgo de generosidad, hasta que por último los hizo convenir en tomar los tres una parte igual de la herencia, y establecer en comun una compañía de comercio bajo la denominacion de los hermanos Carlos y Anselmo.—Arreglado definitivamente este negocio, se embarcaron para Europa, y visitaron juntos el pueblo de su naturaleza con grande asombro de los que en otro tiempo habian sido testigos de su implacable aversion.

—«Cómo ha sucedido esta mudanza?»—«He aquí la pregunta que continuamente se les hacia.»—«Muy naturalmente; respondian ellos; porque nuestro aborrecimiento procedía de que no nos conocíamos, y hubiera durado eternamente si nos hubiéramos mantenido siempre á igual distancia. Todos los hombres tienen sus buenas cualidades desconocidas solo á los ojos de su enemigo; pero que se deposite en una isla desierta á dos hombres prevenidos fuertemente el uno contra el otro, y bien pronto su razon se despreocupará, y empezarán á saber apreciarse mutuamente.

¡Oh jóvenes,! dijo á esta sazón un anciano venerable, reflexionad en este suceso; y pues que el destino reúne tan rara vez á dos enemigos en una isla desierta, no aguardéis á que os suceda, sino transportaos á ella con vuestra imaginacion todas las veces que el aborrecimiento quiera ejercer sobre vosotros su pernicioso influjo. Examinad las buenas cualidades de vuestros enemigos, llegaos á ellos con afecto, y yo os aseguro que las mas veces encontrareis entre ellos hombres virtuosos dignos de estimacion, cuyo mérito ignorabais, y que desarmados por vuestras bondades llegarán á ser vuestros mejores amigos.



BIOGRAFIA.

Por via de adición al artículo de el Conde Aranda, inserto en el número del domingo anterior, damos lugar á las siguientes noticias, que se nos han suministrado.

El conde de Aranda nació en Sietamo, pueblo á las inmediaciones de Huesca, en el mes de julio de 1719. A la edad de 15 años entró en el colegio de Parma, donde recibió una educacion esmerada, permaneciendo allí hasta el año 40 en que salió para el ejército. En Italia, donde estaba su padre de coronel del regimiento inmemorial de Castilla, obtuvo el mando de este por fallecimiento de aquel el año 1742, y al frente de él se halló en las principales acciones de aquella campaña y en los sitios de Sarabál, Tortona, Plasencia, Valencia del Po, y Casal de Monferrato.

En la batalla de Campo Santo quedó por espacio de 24 horas entre un monton de cadáveres, y despues de haber hecho prodigios de valor, estaba ya para perecer, cuando vino á salvarle su asistente. Poco tiempo despues fue ascendido á brigadier en recompensa del valor que habia desplegado en esta accion, y que siguió desplegando despues en las que se halló, y principalmente en el paso del Tanaro, (en donde al frente de su columna vadeó el rio con agua al pecho) en la sorpresa de Veletri y en otra á las inmediaciones de Pavia, en que sorprendió su guarnicion de 1800 hombres, y facilitó la entrada de los españoles en Milan.

De resultas de estos servicios se vió en poco tiempo colmado de honores á pesar de su juventud: en 1747 fue nombrado gentil-hombre de cámara con ejercicio y mariscal de campo: en 1755 teniente general, y poco despues embajador en Lisboa, caballero del Toison, y director general de artilleria é ingenieros, y en 1760 pasó de embajador á Polonia.

Estuvo casado con Doña Ana María del Pilar Portocarrero, y habiendo fallecido esta cuando volvia él de su embajada de Francia, casó en 1784 con Doña Josefa Silva de Palafox, señora de muy bellas prendas, de la cual no tuvo sucesion.

Falleció en la villa de Epila á 9 de enero de 1798 á las cuatro de la tarde, de edad de 78 años y medio, y se le llevó á enterrar al monasterio de S. Juan de la Peña, segun lo habia dejado ordenado en su testamento.

DOÑA MARIA VACA,

6

EL PLAZO DE LAS VEINTE LUNAS.

CANTO SEGUNDO.

MARCHANDO van, junto al Pisuerga, armados el rey Alfonso y Sancho de Armendoces, de briosos ginetes amparados y ballesteros en correr veloces: todos los pueblos miran saqueados, con daño mucho y lágrimas y voces de sus vecinos, que huyen á los riscos, juntos cristianos viejos y moriscos.

Toda Castilla saqueada ha sido, muy poco espacio se libró de afrenta, y el moro Olit se venga enardecido del territorio que perdido cuenta. Y el rey pensó— «¿del conde, que habrá sido en la pasada confusion cruenta?

¿se huyó, sin duda, de ignominia lleno, para cumplir como vasallo bueno?

«Pobre señor, honrando mi decoro, por obediencia mia no se bate, y tal vez viendo al ambicioso moro dejó sus tierras, y esquivó el combate: lágrimas muchas por su afrenta lloro, y la ignominia que sufrió me abate; mas yo soy rey, y autorizar es fuerza lo que mandé, sin que piedad lo tuerza.»—

Cubierto siempre, se ocultó á la vista de sus soldados, que quien es ignoran; y aunque en Toledo les pasó revista, y sus brillantes armas enamoran, y hacen pensar que nadie se resista al fino temple y lujo que atesoran, y aunque presumen su nobleza cierta, nadie su nombre y calidad acierta.

Solo un arquero de su guardia sabe que es el monarca de Castilla amado, y su orden cumple reservada y grave cuando conviene, como buen soldado. El rey, en tanto, evita que recabe Sancho Armendoces, cuando está á su lado, la voz que finge, y el disfraz y el modo con que se oculta y se dispone todo.

Valladolid corrieron, y en seguida á Cabezon dejaron á la espalda, viendo confusa tropa repartida que, del Pisuerga en la arenosa falda, dormía acaso, hollando su estendida variada alfombra de tomillo y gualda, y al abanzar turbantes distinguieron, y que eran moros y caballos vieron.

—«Moros y muchos, (Armendoces dijo), son los que montan á caballo armados; dejadme el mando, y este punto elijo para vencerlos si me dais soldados.»—

—«Que sois novato capitan colijo (le dijo el rey) en lances apurados. Si conociérais quien yo soy, por viejo tal vez guardarais el gentil consejo.»—

Corrióse mucho el infanzon, y estuvo á punto ya de desnudar su espada:

—«Errado (dijo) Don Alfonso andubo dando á tal hombre el mando en la jornada, que harta razon en este dia tuvo mi fuerte diestra, á su venganza armada,

para romper su casco en dura prueba, y ver el rostro que encubierto lleva.

«¿Quién es? ¿quién es? Por Dios! que ya se acaba con su arrogancia mi prudencia y modo, y otro en mi caso!... —«De ocultarse acaba (dijo con calma el rey) tras un recodo la gente mora que juzgué muy brava, y á que observeis su intento me acomodo.

Idla siguiendo, Sancho de Armendoces, mas cerca á mi, porque escuchéis mis voces.»—

Bajo su casco en bullidor tumulto la sangre á Sancho en las megillas brota, que al ver tal calma y meditado insulto del encubierto gefe, se alborota.—

—«¿Quién es? (esclama) que su rostro oculto conserva siempre, y tan brillante cota y tal arreo lleva y tal ropilla,

y tal bridon, que es único en Castilla?»—

Mas en el punto les salió al encuentro un aldeano que azaroso huía, y les contó que, cerca, de un encuentro el espantoso batallar se oía, que una villa cercada desde dentro la voz del rey Alfonso mantenía,

mientras los moros, dominando un alto, muros y torres toman al asalto. —«Vamos allá, librémosla de robos si es que es posible (dijo el rey valiente), mas ¿quién la manda?» —«De Durango Cobos vino ha tres dias (prosiguió) con gente; mas, el caudillo principal, dos lobos lleva en su escudo de oro reluciente, y al derredor una orla colorada, con amarillas aspas matizada.»—

—«El es, el es, el conde ¡oh desacato! ¡oh lucha incierta que me agobia dura!

Yo no quisiera parecer ingrato al castigarle ¡oh Dios! que al fin procura en tal peligro armado de rebato, librar al reino de su mancha impura. ¡Y si le salvo, mi sentencia dada, por débil rey se quedará olvidada!

«Mas ¿qué he de hacer? corramos á salvarlos, que yo el primero á perecer me obligo,

antes que sin socorro abandonarlos, despues que fui de su valor testigo.

El conde Vela supo levantarlos,

y premio á un tiempo le daré y castigo, premio que en pago á su valor le abono, castigo justo por rebelde al trono.»—

Ya en llamadas la oprimida villa con combustibles se derrumba y arde, cuando del sexto Alfonso de Castilla llegó la gente en belicoso alarde.

Y en tanto, dentro, el gefe que acaudilla la poblacion, sin que refuerzo aguarde, sale cantando en himnos por la puerta, con sus soldados su victoria cierta.

Cual espantoso inmenso torbellino, que el horizonte en ráfagas colora, con encendida nube y remolino de impensada borrasca asoladora, que robles mil entre el nogal y el pino del alto monte arranca atronadora, con polvo y piedra y rayos apiñados, entre infernal estrépito lanzados:

Así el caudillo con su escudo y lanza, del encerrado ejército seguido, con sed de sangre y gritos de venganza, con estruendoso choque y alarido, contra el soberbio moro se abalanza entre el clamor y hélico estampido, y hombres y brutos, invencible fiera, derrumba, arrastra y hiende en la carrera.

¿Qué airado está! ¿Quién su valor detiene?

¿Quién se le opone, temerario ó loco, cuando el incendio que agitando viene arde y chispea en el abierto foco?

Asoladora mortandad previene, que es á su afrenta desagravio poco, y al duro choque del marcial estruendo, destruye, airado y vengador rompiendo.

Ceden al fin los moros divididos,
y huyen cobardes por la hermosa vega
donde el Arlanza y Arlanzon unidos
buscan las aguas que el Pisuerga allega.

—«¡Día de gloria!! (á todos reunidos
les dice el gefe) de Toledo llega
nuevo refuerzo corto aunque brillante.
¡Viva Castilla, que venció al turbante!!»—

Los moros, muchos prisioneros quedan,
y otros del río en la corriente ahogados,
sin que salvarles los esfuerzos puedan
que hacen á veces entre sí enlazados;
otros, heridos, del castillo ruedan
donde tuvieron su pendon armados;
pocos se salvan que á la fin perdidos
no vengán juntos á quedar rendidos.

¡Oh que algazara y gritería! el suelo
se asorda y tiembla en impensado modo;
y el rey Alfonso en incesante anhelo,
cubierto siempre lo contempla todo.
—«Llegó el momento (dijo) ¡oh santo cielo!
en que castigo y premios acomodo.
¡Llegó el momento en que monarca honrado
sea de todos en mi reino amado!

«Id, Armendoces, id; y al conde Vela,
que el duro alcance sigue valeroso,
decidle habeis que acaso no recela
que ofende al rey soberbio y revoltoso:
decidle habeis que mi persona vela
hasta que rinda cuentas presuroso
de aquel castigo de las veinte lunas,
porque aun le quedan que cumplir algunas.»—

—«¡Como! (Armendoces, de furor bramando,
le dijo al rey que desconoce ciego)
¿Pensais tener autoridad y mando
sobre D. Vela y sobre mí? ¡Lo niego!
¿Quién sois? ¿Quién sois por vuestra casa? ¿Y cuándo,
si sois señor de estado y palaciego
visteis al conde, por valor ó cuna,
menos que vos en ocasion alguna?»—

—«Calle el vasallo que insolente mucho
rompió respetos que guardar no sabe,
(le dijo el rey) y sepa que le escucho
con grande enojo; y no impedi que acabe,
por ser quien es; y entre el recuerdo lucho
de que salvó mi vida en lance grave
para no darle muerte.»— «¿Vos?»— «¡Sí!»— «¡Oh rabia!»—
—«¡Calle la lengua que á su rey agravia!»—

—«¡Cielo!! (Armendoces que á su rey se humilla
dijo mirando su castigo cierto):
y el rey—«Yo soy Alfonso de Castilla
que os da perdon (le dijo descubierta),
y aunque el tono que usais me maravilla,
que es en defensa de un cuñado advierto
para no castigaros, cual debiera,
por tal soberbia y bárbara manera.

«Mas pues el plan que imaginé en Toledo
desvaratasteis hoy por imprudente,
y ya encubrirme y disculpar no puedo
el proceder del conde irreberente;
pues que monarca de Castilla quedo
desde este instante, admirará mi gente
que no se ultraja al trono sin venganza
en la justicia que mi reino alcanza.

«Vamos al punto; que del conde armado
he de asolar las vastas posesiones:
no ha de quedar dominio en su condado
que no sufra mis duras condiciones;
no ha de quedar caudillo ni soldado
que no escarnezca y rompa sus blasones:
no veinte lunas, veinte primaveras
ha de servir sin mando en mis fronteras.»—

Airado el rey, la cólera y despecho
muestra en el rostro que el furor enciende;
en vano el noble combatido pecho
calmar su justa indignacion pretende.
Y lentamente, en dilatado trecho,
la nueva corre, y sin cesar se estiende
de que es el rey, y llega hasta la villa,
y sale luego, y cunde por Castilla.

—«¡El rey! ¡el rey Alfonso el poderoso

vino á salvarnos!»— (gritan por la vega)
y en revuelto concurso estrepitoso
el pueblo todo á recibirle llega.

Camina el rey, y grave y silencioso,
coje las llaves que la villa entrega;
y en orden marcha, y sigue, y con despaño
entra en la plaza, y llega hasta palacio.

Mas por el frente en escuadron y armados,
cruzando el pueblo en rápida carrera,
llegan cuarenta nobles bien montados,
que al punto forman en vistosa hilera.
Con escarceo y vueltas de costados,
al rey suspenden, que saber quisiera
quien es el gefe que les manda esperto
con ricas armas y antifaz cubierto.

Pero ay que advierte en su lujoso escudo
dos lobos pletos sobre campo de oro,
que bien le muestran con lenguaje mudo
al conde Vela, vencedor del moro.

—«¡El es, el es! (prorrumpe) ¿por qué dudo,
y al son del parehe y pifano sonoro
no pido cuenta de las veinte lunas,
que no cumplió, porque me debe algunas?

«Sancho Armendoces, que tu deudo al punto
deje el bridon en que cabalga airoso,
y venga á mí que airado le pregunto:
¿qué cuenta da del plazo riguroso
que le otorgué, vengando del difunto
la muerte injusta que le dió alevoso?
Dile que venga, y alce la visera
al rey Alfonso el sexto que le espera.»—

—«Aquí estoy ya; (bajando el caballero
de su bridon, á su monarca dijo)
mas advertid, Alfonso el justiciero,
que al conde Vela mancillais, de fiyo
sin prueba clara y modo valedero:
y el desagravio en el momento exijo.
Le exijo, sí, monarca castellano,
vasallo yo y no mas, vos soberano.

«El conde Vela, desarmado y triste,
guarda su afrenta y se consume y llora,
y enfermo, huyendo siempre, no resiste
al deshonor que su virtud desdora;
y en tanto ¿vos, cuya justicia existe
desde el Pirene hasta Toledo ahora,
con ligereza ó prevencion ó encono,
al conde hollais, cuya obediencia abono!

«Este es su acero, y estas son las armas
que hay en Ayala su heredada villa,
donde burló del moro las alarmas,
asegurando el trono de Castilla:
Si tú á D. Vela con la ley desarmas,
y él sufre solo y llora su mancilla,
su esposa soy, y tu sentencia dada
no habla en mi esfuerzo ni en mi nombre nada.

«Perdi mi estado, que en Castilla ha sido
presa del moro sin hallar estorbo:
y hoy tu villa realenga he defendido,
con estas armas, de su alfanje corvo.
Cuarenta dueñas ves, que se han vaticado
cual soldados armadas, de Pancorbo
y de Durango solo protegidas,
con gentes nobles desde allí venidas.

«Si tú quisiste avergonzar al conde,
solo y errante y desdichado gime;
si quisieres saber donde se esconde,
sin dilacion lo que pretendas dime.
Si arrasar sus estados ¿desde dónde?
que lo que al moro en su furor se exime,
lo incendiaré yo misma, porque acabes
tanto rigor, y mi victoria alabes.»—

Absorta oyó la poblacion entera,
que se agolpaba al caso no pensado,
el decoroso término y manera
que la heroína ante su rey ha usado.
Y Alfonso:—«Error, Doña María, fuera,
que vuestro claro nombre celebrado
no ensalzara yo mismo, cual conviene
al nuevo láuro que adquirido tiene.

«Este palacio y defendida villa
vuestros serán por juró y señorío,

como el dominio y feudo que en Castilla os dió en legado mi difunto tío, porque ejerzais con horea y con cuchilla vuestro absoluto mando y poderío, sin que tributo me pagueis, ni en nada esteis con rentas ni pensión cargada.

«Las nobles dueñas territorio tienen en la campiña, y en la vega undosa, y en los viñedos que ligados vienen en feudo antiguo á vuestra joya hermosa. Y pues con honra y con valor mantienen el nombre DUEÑAS, en la lid dudosa, llamar debeis, honrando mi Castilla, DUEÑAS desde hoy á la invencible villa.

«El conde Vela disculpado queda desde este instante de las veinte lunas; para que armarse en sus estados pueda, aunque le falten que cumplir algunas. Decidle vos, que Alfonso no le veda que arme su gente, y rompa medias-lunas,

y que á Toledo, denodado, asista, con mando y voto, y parte en la conquista.

«¡A Dios! no puedo descansar, que urgente es el peligro que mi reino corre.

Marcha, Armendoces, y ármese la gente que aloja en DUEÑAS, y á Toledo acorre, sin que te ciegue la ocasion presente, ni á tu memoria el deshonor se borre de los cristianos, que, con mal consejo, entre peligros sobre el Tajo dejo.»—

—«¡Viva el monarca! ¡viva Alfonso el sexto!»—

(con grito agudo resonó en la villa) y él, su Toledo á conquistar dispuesto, sin detenerse atravesó Castilla.

Dando á su reino autoridad con esto, y á DUEÑAS toda asombro y maravilla; y á mi valor para que en verso grave el caso cuente, y mi HEROINA al be.

JOSÉ DE GRIJALBA.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Claustro de San Juan de los Reyes en Toledo.)

La descripción del célebre monasterio é iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo puede verse en el número del Semanario correspondiente al 16 de junio de 1839, ó sea páginas 185 y siguientes del tomo 4.º

Se suscribe al Semanario en las librerías de *Jordan* calle de Carretas, de *Cuesta* y de *Paz*, calle Mayor. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias, en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

Sigue abierta la suscripción á los seis tomos anteriores á razón de 30 reales cada uno y 36 en las provincias. También hay colecciones completas de dichos seis tomos á 180 rs.

El día 31 de agosto se entregará el de 1840 á los suscritores á la colección.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

Ayuntamiento de Madrid